PRESENCIA

RITOS DE REELECCION

Los actos en favor de la reelección presidencial han cristalizado en fórmulas rituales. A la expresión de anhelos que formulan los peticionantes para que continúe en la forja de la Nueva Argentina el Gral. Perón, responde éste que es prematuro decir nada a ese respecto, que él se halla ya un poco cansado de una lucha de nueve años; pero que, en definitiva, está para servir al país y no a la propia causa. El planteo reeleccionario se cumple dentro de líneas tan definidas que han acabado por hieratizar toda expresión de fervor y de emoción.

Hoy resultan ya, en el común de los casos, actos indiferentes. Pero en la Universidad pueden ser peligrosos. Porque sabido es que la ley universitaria en vigor establece taxativamente que los "profesores y alumnos [de las Universidades] no deben actuar directa, ni indirectamente en política... ni formular declaraciones conjuntas... ni intervenir en cuestiones ajenas a su función específica".

Sucede entonces que los profesores de responsabilidad universitaria se sienten embarazados. Y ello no sólo por razones de conducta sino también de competencia y dignidad intelectual. Porque es fácil advertir que generalmente el profesor universitario competente, que se contrae a su labor científica y a la preparación de sus cátedras, rehuye el contacto de los círculos áulicos; y, en cambio, el profesor mediocre vese obligado a compensar sus deficiencias de orden intelectual y moral con el apoyo de influencias extrañas a la dignidad del claustro universitario. A nadie ha de sorprender entonces que entre ciertos profesores mediocres se establezca una puja para cumplir ostensibles actos de servilismo y adulonería, que les acrediten influencia que no pueden procurarse por medios de competencia intelectual y dignidad de vida.

Es de esperar que el Primer Magistrado, cuya sagacidad es bien notoria, sabrá advertir y prevenir los manejos subalternos de esos profesores que promueven iniciativas de reelección en nuestra Universidad.

PRESENCIA



INVASION DE ASIATICOS

Con el título, "Le monde russe", acaba de publicar el gran pensador suizo, Gonzague de Reynold, un nuevo estudio de su extraordinaria serie sobre "la formación de Europa". Tanto esta serie como el nuevo libro ayudan a colocar los acontecimientos actuales en la perspectiva de la historia universal, dentro de la cual adquieren la plenitud de su significación.

Porque no se ha de olvidar —y en esto nunca se insistirá demasiado— que el patrimonio cultural de que vive hoy lo mejor de la humanidad es una capa delgada y quebradiza que fácilmente puede perderse si no se hacen esfuerzos para conservarla y acrecentarla. Dos enemigos, uno interior, exterior el otro, le amenazan. El enemigo interior lo constituyen las herejías triunfantes de los últimos cuatro siglos, digamos la Revolución, de la cual el comunismo no es sino su última y más temible etapa, así como el liberalismo de la burguesía capitalista constituía una etapa intermedia. El enemigo exterior son las hordas nómadas del Asia septentrional o del desierto de la Arabia.

Las herejías han carcomido por dentro la substancia cultural y ordenadora del occidente y nos han traído, en cambio, lo que se ha dado en llamar *el hombre prometeico*, esa piltrafa absurda del hombre moderno que se ha empeñado en tecnificar sus propios esfuerzos específicamente humanos. J. Folliet acaba de publicar con el título *L'avènement de Prométhée* (Chronique sociale de France, París, 1950) un estudio sociológico de nuestro tiempo en que describe las enloquecidas técnicas que pueden llevar al prometeico hombre moderno hasta la eterna desesperación de Titán en el Cáucaso.

El proceso descristianizador a que se ha visto sometido el hombre, además de corromperle y destruirle por dentro, le ha hecho perder la significación de la historia universal; le ha privado de la capacidad para apreciar el valor de la cultura y para conocer los enemigos que amenazan a ésta. ¿Qué entiende hoy un hombre de nuestras ciudades de la posibilidad harto real de que la estepa cubra las florecientes civilizaciones de Europa y de América? Se preguntará

con extrañeza, por qué los pueblos asiáticos se han de empeñar en perturbar la paz del Occidente. Y si en este hombre de hoy ha prendido algún "slogan" de los que circulan en la masa, pongamos por ejemplo "el del capitalismo", no verá mal que la actual cultura occidental sucumba, creyendo que, por encantamiento, puede surgir una cultura nueva más valiosa. Nuestros hombres están completamente ajenos no sólo a toda valoración de la cultura y de su continuidad ininterrumpida a través de la historia sino al hecho real de



que las hordas nómadas han amenazado —y amenazan hoy con más fuerza que nunca— anegar definitivamente toda vida culta y civilizada.

No se ha de olvidar que desde las guerras médicas se cuentan diecisiete invasiones de los asiáticos contra el foco de civilización occidental. Escitas, sármatas, alanos, hunos, avaros, húngaros, pekchenegos, búlgaros, mongoles, tártaros, musulmanes y turcos se han movido contra Europa, ya en bandadas, ya regimentados a las órdenes de geniales conductores como Atila, Gengis-Kahn, Ogodaí, Mohamet II o Soliman. Y si no han podido alcanzar el corazón de los pueblos civilizados ha sido porque éstos, firmes y compactos en su unidad, han sabido hacerles frente con el colegio de varones. Pero hoy, descristianizados los pueblos, vale decir desvirilizados, imbecilizados, cuando están a punto de ser atacados por la más temible de las avalanchas asiáticas, ni advierten el peligro ni saben comprender dónde se halla lo que mejor les conviene. En un momento en que debieran estrecharse alrededor de la Cruz, por donde vinieron todos los bienes a los pueblos occidentales, en un momento en que debieran empuñar la espada para enfrentar con valor a sus enemigos, los vemos acumulando pretextos para no entrar en la lucha o para alterar y disminuir el significado de la misma. Sin embargo, los pueblos del Asia conducidos por el genial Stalin, están a las puertas mismas de la civilización.

Los asiáticos nómades a las puertas del mundo civilizado

Muchos no se hacen una idea del terrible peligro que entraña una invasión de los asiáticos porque piensan que en definitiva acabarán éstos por ser asimilados por la civilización como lo han sido los antiguos bárbaros por el imperio romano. Pero Gonzague de Reynold advierte que no se debe confundir a los bárbaros asiáticos con los bárbaros europeos. Por crueles y destructores que hayan podido ser éstos, se han sentido atraídos por la civilización y se han dejado asimilar por ella. De la fusión de estos bárbaros con el mundo grecorromano, bajo los auspicios de la Iglesia, se formó Europa. Pero los asiáticos han sido siempre enemigos de toda civilización y por lo mismo de Europa. De Gengis-Khan se cuenta que, lleno de admiración a la vista de las tierras chinas, tan cuidadosamente irrigadas y cultivadas, exclamaba: "Es tiempo de transformar todo esto en estepa en la que puedan apacentarse nuestros caballos". Para las hordas asiáticas, la estepa constituye la meta del progreso. Y en estepa quedó amenazada de convertirse Europa con el empuje de los escitas sobre los cimerios y de éstos sobre los griegos, entre el 700 y el 750 de nuestra era, cuando comenzaron las invasiones de los asiáticos que no debían cesar de sucederse en cadena, una detrás de otra, hasta el reinado de Luis XIV de Francia.

Con la amenaza de la Rusia soviética sobre el mundo civilizado se presenta el problema de si estamos ante el peligro de un nuevo desborde de la barbarie del septentrión. Una nueva invasión típicamente asiática, inmensamente más temible que la amenaza musulmana. Porque no hay que olvidar que si la Europa cristiana hubiese estado a punto de sucumbir bajo los golpes de los asiáticos, los árabes habrían avanzado como salvadores por las tres penínsulas, ibérica, itálica y balcánica, y habrían impedido que la península europea fuera de nuevo invadida por el pasto y la selva. Tal era la barbarie asiática que la vida musulmana representaba una solución frente a su amenaza. Hay quienes dejándose influir por los sueños de los eslavófilos, no sólo no ven en Rusia la abanderada de las hordas asiáticas, sino que hacen de ella un pueblo mesiánico, salvador de la humanidad con una nueva civilización joánica —civilización de la fraternidad— que reemplazaría a la decrépita civilización prometeica del Occidente. Walter Schubart, en su libro "Europa y el alma del Oriente", da forma nueva a la vieja tesis de la Tercera Roma, inventada en el siglo XIV y reactualizada por Dostoievsky y Khomiakov en el siglo pasado. En realidad, la concepción mística de Rusia, Tercera Roma, con la misión de llevar al mundo la verdad y la felicidad, bajo la bandera de un Zar o César, era una antigua tesis bizantina, que fué incorporada a Rusia en tiempo de los mongoles. Es curioso comprobar cómo la tremenda fuerza dominadora de los mongoles ha podido fusionarse con la mística religiosa del imperio bizantino para darnos esa mezcla de realismo y de misticismo que hace tan atractivo, eficaz y peligroso todo lo ruso. Esto nos llevaría a indagar esa cosa tan extraña del *Césaropapismo* que se da en esa realidad también tan extraña del Imperio Bizantino. De nuevo encontraríamos aquí "lo típicamente asiático y oriental" que debe ser caracterizado como una incapacidad radical para asignar a la política su perfecta realidad y autonomía, independiente de la fuerza religiosa, y aún también para comprender la política como una realidad que no absorbe sino que tutela a las personas humanas singulares. En el Oriente la persona es absorbida por un régimen totalitario de signo religioso, mientras el Occidente sabe asignar su correspondiente realidad propia a la persona singular, a la política y a la religión. Y esto entraña la gran superioridad de toda civilización occidental.

Rusia es asiática. Esta es la tesis que acabadamente demuestra Gonzague de Reynold. Para probarlo sigue a Rusia en su trayectoria histórica, comenzando por la determinación de sus elementos constitutivos últimos. El mundo ruso ha sido formado por los eslavos y los asiáticos. Los eslavos constituían una raza nómade de bravos guerreros, pero de ninguna capacidad política, que durante siglos llevaron una vida vegetativa arrinconados entre los escitas y los germanos. A pesar de su salvajismo, de su suciedad repugnante y de su placer por destruir sin discernimiento, se mostraron capaces de ser asimilados por una civilización superior. Aprendían rápidamente e imitaban a la perfección. No eran plásticos ni edificadores pero sí poetas y músicos. Los eslavos que se han dejado asimilar por la civilización y el cristianismo se han convertido en los polacos, croatas, eslovenos, checos, moravios y rusos blancos que han poblado la Europa orien-



tal. Pero los actuales rusos no provienen directamente de estos eslavos sino de una rama de ellos que, dirigiéndose desde estas selvas y pantanos hacia el este y hacia el norte, ocuparon la inmensidad del Asia septentrional hasta los confines del estrecho de Bering y de Alaska. Allí se mezclaron y entrecruzaron con innumerables pueblos salvajes y semisalvajes, algunos de los cuales, como los finomongoloides que avanzaban desde la selva, y otros, como los turcos-tártaros que bajaban de la estepa, se dirigían hacia las templadas regiones del mediodía.

Los rusos son originariamente eslavos asiatizados. Y el curso del desarrollo histórico que se inicia para el pueblo ruso en época tardía, allá en el siglo XI de nuestra era, va a reforzar su impronta asiática. La historia comienza en Rusia con la civilización. Y la civilización entra en Rusia por Bizancio.

Una rama germánica de Escandinavia, los varegos, fundan la primera Rusia, la de Kiev y de Novgorod, que es evangelizada y civilizada por la Iglesia griega de Bizancio. El imperio bizantino no pertenecía del todo a Europa, de suerte que es sumamente débil el brote civilizador que recibe Rusia. Para colmo, después de 1240, la Rusia de Kiev va a ser absorbida por los mongoles. Iván III e Iván el Terrible imponen una disciplina de hierro sobre el pueblo ruso, con exclusión de toda libertad personal. Rusia adquiere su unidad política, cultural y religiosa en el punto de encuentro de dos grandes líneas de fuerza. Una que sube del sur al norte y es la del mundo grecooriental y de su cristianismo bizantino; la segunda que se extiende del este al oeste y es la de los nómades asiáticos. Rusia es heredera no sólo del imperio de Gengis-Khan sino también del Bizantino. De aquí esta mezcla de totalitarismo político y totalitarismo místico con la ambición de dominación mundial que le caracteriza.

Pero para que pudiera Rusia aspirar con eficacia a la dominación mundial debía reponerse de su enorme atraso con respecto a Europa. Y ésta fué la obra de Pedro el Grande, a comienzos del siglo XVIII: Constreñir a Rusia a cambiar de orientación, de ideas, de vestidos; forzarla a convertirse en Europa; transformarla en una potencia económica y militar. Pedro el Grande, escribe Reynold, es un bárbaro de genio, un asiático que tuvo la voluntad de transformarse en europeo y que a esta voluntad sometió a su pueblo, a pesar de su pueblo y en contra de su pueblo. Pero la revolución de Pedro el Grande para europeizar a Rusia, continuada luego por Catalina y los Romanov, debía provocar el terrible desquite de la asiatización de Rusia por los soviets. Ya Rousseau advirtió en su *Contrato social* (l. II, cap. VIII) que "el imperio de Rusia querrá subyugar la Europa, pero será él mismo subyugado. Los tártaros, sus súbditos o sus vecinos, llegarán a ser sus amos y los nuestros: esta revolución me parece infalible. Todos los reyes de Europa trabajan de consuno para acelerarla".

Asiatismo de la Rusia soviética

La predicción de Rousseau se ha cumplido en su primera parte. El comunismo soviético ha destruido todo lo europeo que había en Rusia, todo lo que entrañaba alguna calidad y ha llevado al primer plano de la vida rusa a los hombres y las oscuras aspiraciones de resentimiento de los pueblos asiáticos. La revolución rusa, dice Gonzague de Reynold, pág. 355, es el levantamiento de los indígenas contra un régimen extranjero y contra una minoría dirigente de formación extranjera, contra los descendientes y los sucesores de los antiguos amos nórdicos. No hay que olvidar que las tres primeras Rusias —la de Kiev, la de los mongoles y la de los zares— han sido gobernadas por extranjeros. La razón se debe a que los eslavos no han tenido bastante fuerza política

para gobernarse por sí mismos. Los varegos, una raza nórdica de Escandinavia, ha dado a la primera y a la segunda Rusia una dinastía de la cual Fedor, el débil hijo de Iván el Terrible, es el último representante. La dinastía de los Romanov es de origen báltico. Y después de Pedro el Grande, los Romanov, que se han extinguido en la descendencia masculina, ceden el trono a una dinastía dano-alemana. En el siglo XVIII, se ve que para ellos los rusos no son sino indígenas y Rusia una gran colonia.

Aunque sea justo —dice Gonzague de Reynold— es superficial ver en la Revolución rusa la revuelta del proletariado contra la burguesía, la victoria de un sistema económico contra otro sistema. El fondo es otro. Es la entrada de la cuarta Rusia en el cuadro asiático. Con un poderío mayor y con mayor eficacia, la Revolución soviética debe ser colocada en los grandes movimientos que levantan al Asia contra Europa: la xenofobia china, el imperialismo japonés, la emancipación de la India, las rebeliones de Indochina y de Java y la política panárabe. Durante largo tiempo, el vestido europeo de Rusia nos había dado una falsa apariencia de su realidad. Pero ahora que se ha dispersado la minoría que se creía europea, Rusia muestra su verdadero rostro. La Rusia, cuyos representantes están hoy en el poder, es la gran masa inmóvil y pasiva durante siglos, agitada de tiempo en tiempo por espasmos, la gran masa cuya composición étnica ignoramos. La revolución y el régimen que ha establecido, son un gran movimiento de retorno a los orígenes, una erosión político-social derribando y partiendo en pedazos la débil capa europea que recubría la inmensa llanura. Su motor es el instinto antieuropeo. Sobre este punto, no cabe duda. Ponerse a la cabeza del Asia, para mejor dominar a Europa, es el programa fijado por Lenín.

Y el Asia septentrional es ese inmenso compartimento que es también una inmensa prisión que representa la sexta parte de las tierras habitables. La historia de esos pueblos en agitado movimiento no es sino un esfuerzo incesante para salir de allí. Pero no podrían salir sino imponiendo su dominación a la zona civilizada que se extendía por debajo de ellos, por tanto a Europa.

La cuarta Rusia, la Rusia de Lenin y Stalin, es uno de los mayores espectáculos que nos ofrece la historia del mundo, continúa Gonzague de Reynold. Es también el más temible. Nunca la civilización, nunca el cristianismo, nunca el hombre mismo se han encontrado en presencia de un tan grave e inminente peligro. No es insensato, y es razonable, preguntarse si no asistimos a los preliminares de la regresión general.

Porque en esto precisamente está lo distintivo y propio de la Revolución soviética con rasgos cada día más definidos. Es un movimiento de repulsión de toda forma civilizadora como extraña a la condición primitiva del propio pueblo. De aquí, el poderoso atractivo que ejerce Rusia entre las oscuras y primitivas razas del Asia septentrional. Aquellas hordas se agitan y movilizan contra "el imperialismo opresor occidental", como si hubiera llegado la hora de su definitiva liberación. Y aún los pueblos del Asia civilizada ven también en Rusia la abanderada de su independencia. Humillados por la explotación a que se los ha sometido, e incapaces de poder distinguir lo valioso de lo ruin, rechazan toda dominación blanca. Pero hay más; aún en el Occidente, en pueblos que se consideran civilizados, se siente un fuerte renacimiento de aspiraciones indigenistas y telúricas. Bajo el pretexto de oponerse a toda forma del "imperialismo capitalista", en realidad hay una rebelión a toda forma civilizadora occidental. En los pueblos de América, por ejemplo, toman cuerpo las añoranzas de la vida precolombina. Al haber disuelto el liberalismo y el socialismo la débil y frágil capa de civilización que los cubría, aparece el instinto de retorno a la tribu. Retorno a la tribu que en nuestras modernas cosmópolis adquiere formas sociológicas muy curiosas.

La vida de tribus y su reducción en un inmenso agrupamiento gregario no son incompatibles. Una y otra sí, son incompatibles, con la dignidad de la vida civilizada. Y vida civilizada es sólo aquélla que participa de aquel quebradizo patrimonio común civilizador del Occidente cristiano.

Si los pueblos no hacen hoy un esfuerzo por conservar y acrecentar ese patrimonio común, caminan hacia la regresión general, vale decir hacia la tribu, poniéndose en peligro de caer bajo el monstruoso imperio de un moderno Gengis-Khan.

PRESENCIA

EL ASUNTO MAC ARTHUR

Desde el primer momento tuve la impresión de lo que iba a ocurrir, a consecuencia de la destitución del procónsul norteamericano en Asia. Su candidatura a la presidencia de la república, parece la primera e inmediata repercusión del suceso. La acogida que su país le dispensa en los momentos que escribo, confirma esa previsión.

¿Pudieron ser impensadas las actitudes que pusieron a Mac Arthur en el caso de ser relevado de todos sus cargos? Difícil creerlo, tratándose de un hombre que hace catorce años ejerce un mando político y militar casi omnímodo sobre una vastísima extensión del planeta. Como buen anglosajón de nuestro tiempo, en que una larga preponderancia da a los hombres de su raza el sentido cabal de la jerarquía entre las diversas funciones sociales, no podía tampoco ignorar la indispensable subordinación del poder militar al civil. ¿Cómo pareció olvidarla, o ignorarla? Sus declaraciones contra los políticos, o criticando la estrategia de su gobierno o de las Naciones Unidas, no podían no buscar el resultado que han tenido.

¿Para qué? No me cabe duda que para bregar la obtención del poder político que le permita resolver el gran problema nacional [1] y mundial, a su modo, cuando él lo cree mal encarado por otros. El momento no puede serle más favorable. El descrédito en que la politiquería ha caído en estos días, (con el escándalo O'Dwyer, que ha salpicado con sangre y barro a la propia camarilla de Truman), había hecho impostergable una solución como la que Mac Arthur ofrece a los republicanos. Ya se hablaba en Norte América de que en las próximas elecciones presidenciales no podría haber otro candidato que Eisenhower, aunque a éste no le gustara, y sólo por razones de orden interior. Presentándose otro gran capitán de la última guerra, probado en la política, y con la promesa de una más rápida solución del problema fundamental que Norte América afronta en el exterior, la dificultad resultante de la falta de ambición del uno, desaparece con la que al otro le sobra.

Pues de lo que se trata es de que Mac Arthur está en desacuerdo con la mayoría de sus compatriotas dirigentes, con influjo en la decisión, acerca de la estrategia nacional. Esa mayoría, con la de los extranjeros que deciden la estrategia de las Naciones Unidas, parecen dar más importancia al frente del Atlántico que al frente del Pacífico. Al contrario, el procónsul asiático da más importancia al frente del Pacífico que al del Atlántico. Y esa honda divergencia entre él, como ejecutor, y los poderes políticos nacional e internacional, como responsables de la estrategia (más que sus declaraciones de imprudencia deliberada), es lo que provocó la destitución del primer generalísimo de las Naciones Unidas. El héroe del Pacífico, el general que obtuvo el triunfo más limpio, no contra hombres de su raza y su cultura sino contra verdaderos extraños, y con tanta estrategia como fuerza armada, no podía sentirse ya cómodo en la insoluble misión que tenía asignada en Corea, después de la intervención china en el conflicto. Con su ya larga experiencia, con los datos que su posición le daba, con su previsión, tal vez creyó además que las medidas que indicaba para acabar la lucha actual no tendrían la repercusión que se teme, no provocarían la extensión del conflicto, como le objetan los que criticaban sus declaraciones, y Truman que lo destituyó. Y a este propósito recuerdo un artículo de Guillermo Ferrero, aparecido en "La Nación" del 10.II.36 sobre la diplomacia rusa de hoy y de siempre. El gran publicista italiano señalaba allí la política expansionista de los zares, más decidida que la del soviet, y comentaba: "esa "política de expansión universal "fué también la causa de la ruina "del imperio zarista. La Rusia de "los Zares no tenía la fuerza necesaria para extender su influencia y su dominio a dos continentes realizaba ora una política europea, ora una política asiática, "y acabó por hacer ambas mal". Luego señalaba Ferrero cómo la Rusia soviética se replegó en sí misma, dejándose despojar en el Báltico, para dedicarse a su revolución interna. Esta posición defensiva del comunismo ruso era para él "un acontecimiento mucho más "importante... que sus ensayos "económicos, más o menos aventurados".

En lo único que Ferrero se equivocaba era en deducir consecuen-





cias apresuradas, de un política que creía permanente y resultó transitoria. Pero sus premisas sobre la posición de Rusia no pierden valor, por el hecho de que él les haya sacado conclusiones erróneas. El soviet está hoy, como el imperio de los zares ayer, haciendo ora una política europea, ora una política asiática. Y sus éxitos parecen más de relumbrón que efectivos. Hasta que no se desintegró en 1917, el zarismo pareció una fuerza inmensa en el campo internacional, y como el propio Ferrero lo dice, su inquietud fué uno de los principales factores determinantes del estallido de 1914. Así se precipitó en la primera guerra mundial del siglo, cuando aún no se había recobrado de la sangría que le causó la contienda con el Japón en 1905. Pese a la gran obra material interna del soviet, ¿estaría la Rusia de hoy en mejores condiciones que la de ayer para empeñarse en una conflagración mundial, prácticamente sola, después de haber sido sangrada por Hitler? ¿No a los diez años de una guerra local, y para integrar una alianza universal de naciones marítimas, sino a los cinco de una lucha en que de no haber tenido poderosos aliados, pudo sucumbir al comienzo en lugar del final? Mac Arthur puede creer que no. Y de ahí su tranquilidad para aconsejar medidas que parecerían destinadas a extender la guerra, pero que propone como las mejores para acabarla.

Como quiera, la divergencia desgarra hoy a la nación que acaudilla al bloque occidental, frente al amago comunista. Lo que ha preocupado enormemente a la opinión mundial. El principal temor surge de la noción común acerca del peligro que significa estar dividido frente a un enemigo que obra dirigido por un gobierno despótico. Y ella encierra una verdad de peso. Pero conviene llamar la atención sobre la eterna operación del espíritu humano en política, para no atribuir excesiva importancia a aquel peligro. La práctica es por esencia lo opinable. Y los pareceres divergentes acerca de ella son casi forzosos. Aún cuando la uniformidad de pareceres sobre el objetivo sea absoluta en una sociedad, como lo era en Inglaterra sobre la expansión imperial, como lo es hoy en los Estados Unidos sobre la preponderancia mundial, el modo de lograrlos siempre dividió y dividirá a los hombres de fuerte individualidad que intervienen en la dirección de un gran país. Eso sucede en las repúblicas democráticas, como en las monarquías absolutas. En éstas no dejan de manifestarse, dentro del secreto de Estado, y aún a la luz del día en ocasiones. Y cuando existen, ¡pobres de los regímenes en que no se manifiestan! Pues el acatamiento de la opinión autorizada, por el mero hecho de serlo, es lo que asfixia y mata a todos los gobiernos, cualquiera sea su denominación en el terreno de la ciencia política. La disparidad de pareceres sobre los medios en los países en ascenso hacia la grandeza, es una garantía más de la ambición con que todos procuran el objetivo común. Porque la firmeza con que cada uno manifiesta su opinión, aun en oposición con la oficial, asegura el cumplimiento de ésta cuando el que la combatió la comparte por ulterior persuasión, o por patriotismo.

Las dos quimeras que extravían el pensamiento político en nuestro tiempo se inclinan a temer las divergencias de opinión. Tanto los ideólogos de izquierda, como los de derecha, quieren fijar la política como en un cuaderno cuadriculado, en el que no haya un individuo que se salga del alveolo que la autoridad le señala. Pero eso es imposible. Y los países que no lo entienden así son hoy como ayer, los que se manejan mejor. En su actual grave crisis, Norte América no tropieza con una dificultad mayor que Roma cuando se trataba de elegir el mejor modo de expugnar a Aníbal. Escipión, después de conquistar España, y con todo el prestigio que ese triunfo le daba, no pudo persuadir a la mayoría del Senado la conveniencia de llevar la guerra al Africa, según el método que él preconizaba e impuso luego. La mayoría rutinaria, de los que habían triunfado antes de otra manera, sin expulsar al invasor del territorio nacional, aplicó los mayores recursos a seguir el método antiguo. Escipión apenas logró un mando precario, y libertad de maniobra. Pero al cabo sus éxitos transformaron la estrategia romana, hasta el punto de que todos quisieron más tarde dirigir la nueva, que él preconizara y los demás combatieran.

Así pasará en Norte América. La discusión sobre el candente problema de la política mundial es no sólo no peligrosa, sino indispensable. Para el esfuerzo que el país deberá hacer en un futuro no muy lejano, cuanto más discutan los ciudadanos, mejor comprenderán los sacrificios necesarios. Y cuantas más luces iluminen el problema, mejor se lo verá. La solución adecuada se impondrá sola, por sus resultados. Y el que la haya aconsejado será llamado al gobierno, si estaba en la oposición. O verá complacido que otros la apliquen. Las épocas de fundación, o transformación, como ésta en que se halla Norte América, son de aquellas en que el patriotismo de los grandes llega a la incandescencia. Basta recordar que en momento similar al de la república romana que acabo de recordar, Eisenhower rechazó la presidencia, como Escipión el consulado vitalicio. Olvidar es ignorar la causa que se defiende.

JULIO IRAZUSTA

[1] Escribí esto antes de conocer las declaraciones de Mac Arthur, negando que esté dispuesto a intervenir en política. No me niego a creerlas de buena fé. Pero los hombres en su posición no siempre son dueños de abstenerse como él lo piensa ahora. Por lo demás, para el propósito que le atribuyo de lograr opinión para su estrategia, no necesita intervenir personalmente en política . Bastaría que cooperase al triunfo de los que piensan como él sobre el asunto.

FORMACION O NADA

La educación es obra larga y compleja, y nadie, aquí abajo, puede darse el lujo de ponerle la firma al pie y quedarse luego tan orondo: El cine educa —o deseduca— y el teatro y la radio, también la prensa; y educan los gobernantes y el compañero de banco; y los padres y el Padre Cura; y hasta el maestro educa, y el militar. Pero entendamos: Todos estos agentes educan, proponiéndoselo o sin quererlo, con conciencia o sin ella, pero cuando en rigor hablamos de educación como acción intencionada, voluntaria y sistemática, es el maestro —que ha hecho de ello su profesión— agente fundamental, "instrumento de acción de todos los grupos sociales —Familia, Estado, Iglesia— que promueven el perfeccionamiento del hombre".

Hablar del maestro es tarea peliaguda. Como en esos diccionarios de ideas afines, decimos *maestro*, y en tropel, a lo loco, se nos descuelgan: Sarmiento, las beneméritas, importadas y protestantes maestras norteamericanas y la Escuela Normal de Paraná; Giaccobini y los guardapolvos blancos y la tilinguería de las "blancas palomitas"; todo el liberalismo y la masonería; la estupidez de cien discursos más o menos patrióticos; el recreo del pancito y la copa de leche; la Confederación de Maestros, los comunistas y el camarada maestro "pionero de la cultura", los sueldos de los maestros.

Porque consideramos que el maestro es causa eficiente, auxiliar y subordinada de la educación, cooperador de la naturaleza (la educación sería "ars cooperativa naturae"), "factor dinámico secundario", pero no por ello menos eficaz, en la obra educativa, porque tenemos conciencia de la función que el maestro cumple y debe cumplir en nuestra sociedad actual, preo-

cúpanos seriamente las medidas dispuestas para la enseñanza normal.

Ya se ha resuelto —de acuerdo con el parecer de una junta de notables— que desde el presente curso escolar los estudios del magisterio se acorten en un año. ¿Razones?, muchas; pero *la razón* no aparece, todavía, clara.

Veamos: ¿En cuánto tiempo puede *hacerse* un maestro? (Supuesto que el maestro *se haga*). Antes de responder, discurramos. ¿Para qué se prepara el maestro?, ¿cuál es su quehacer?. Todo su arte consiste *apenas* en "instruir, inspirar, disciplinar y escamondar, enseñar y esclarecer", y nada más. Para eso, *sólo* se le pide auténtica vocación, aptitud para realizarla, inclinación hacia el hombre incipiente, resolución de ejercer decisiva influencia sobre el ser que se forma; amor y simplicidad —no sensiblero infantilismo— para comprender el alma del niño; "abdicación de su señorío intelectual para ponerse al nivel de los alumnos pero al mismo tiempo mantenerse en un nivel superior para que la enseñanza conserve poder ascensional"; veracidad y justicia; autodominio y paciencia; inteligencia lúcida y bien organizada; salud y dignidad exterior; alegría y optimismo; que haya hecho propia "una idea del mundo y de la vida"; por sobre todo que tenga un ideal de vida; además, cultura... y de ser posible, capacidad técnica instrumental. Pero como el maestro no es mero *trasmisor* —canal sí que distribuye y reparte, pero también manantial que llena el cauce— se le exige que amén de hablar, escribir, resumir y exponer, sepa entender y pensar, reflexionar y estudiar —contemplación en suma— "para que la acción no degenere en rutina", y nada más. (Santo Tomás: ¿El enseñar pertenece a la vida activa o a la contemplativa? A la activa porque se enseña a alguien, a la contemplativa por razón de la cosa que se enseña).

Pues bien, nuestra *nueva* Escuela Normal se esfuerza en *hacer* maestros; desde ahora con un plan nuevo: tres años de estudios comunes con el resto de la enseñanza secundaria y luego dos años más de formación específica. Recibe niños de 12 años y los lanzará a la calle, *maestros*, de 17.

El maestro, ese "vice-padre delicado y trascendente" (Castellani), ese "cultivador de esperanzas" (Manjón), es, debe ser, un hombre, todo un hombre. y un poco más. Hombre formado y luego formador, o si la cosa apura, formador mientras termina de formarse. "Quien mueve a perfección ha de poseerla primeramente" (Santo Tomás). Y en eso no caben homeopatías, ni economías de esfuerzo, ni cursos Pitman ni selecciones del "Ríder"; ni tampoco la velocidad resulta buena madre: solo dá sietemesinos, maestros-sietemesinos-mentales, maestros a medio-hacer, semi-maestros, maestros cachuzos, mancos, tuertos, cojos. El hombre se hace antes que el profesional, y aquí, hoy, nosotros, queremos formar al profesional —y nada menos que al profesional que eligió la profesión de formar hombres— antes que como hombre él mismo se haya completado, cuando aún mentalmente está inmaturo.

La cuestión nos parece simple: ¿El maestro significa algo en la formación del hombre argentino? Si afirmativa la respuesta, ¡a preocuparse seriamente en su preparación!; si negativa (y no se estará solo en la emergencia: naturalismo, socialismo y pragmatismo pedagógicos, por ahí arriman), decirlo claramente, cerrar las Normales, ahorrar pesos y no truncar o falsear vocaciones.

Un año menos de estudios normalistas, ese es el hecho. La demagogia es cosa fea, más fea aún y tan peligrosa cuando se cuela en la educación: destroza, degrada, pervierte, relaja. Medidas como ésta impiden ganar altura.

Los gobernantes también educan. ¿Cómo educarán estos maestros que hoy así se forman —vida fácil, poco esfuerzo— a las generaciones que vayan llegando?

CLODOMIRO MANJÓN

VISTAS DE UN EUROPEO

De Holanda un asiduo lector de PRESENCIA *nos envía sus impresiones de europeo frente a la hora que vivimos. Nuestro amigo es un joven médico, de religión protestante, que ha vivido las experiencias de la última guerra. Sin aceptar todas las afirmaciones de nuestro colaborador las destacamos como testimonio de un estado de espíritu, digno de conocerse. (N. de la D.).*

Al verse frente a una situación que parece sin esperanza, instintivamente se dirige el hombre hacia atrás, para encontrar en la historia analogías que le permitan deducir lo que habrá de venir.

Europa de 1951 se asemeja a Grecia del tiempo de Julio César. Está amenazada por dos fuerzas militares que le son inferiores en civilización y que en cierto modo son sus herederas. Porque en efecto como los griegos se encontraban entre los romanos —el pueblo de la Ley y del Orden, de la organización civil— y los nuevos Persas, con su imperio oriental y su reino del absolutismo, impregnado de influencias helénicas, expuestos a perder su independencia, después de haber sido maestros de ambos colosos; así también nosotros, amenazados por los ejércitos rusos y por el capital norteamericano, sentimos sin embargo que podemos darles a unos y otros las ventajas de una civilización más honda, más vieja, y por lo mismo menos inclinada al pensar absoluto que tantos males ha engendrado para la humanidad.

¿Cuál ha sido el desarrollo del pensamiento europeo después de la guerra de 1939-1945? La "paz", esa paz irreal de 1945, nos ha encontrado en situación deplorable. Porque no cabía duda de que Europa no podía rehabilitarse por sus propias fuerzas. Frente a este hecho surgían tres actitudes. Una, la de los que, acuciados por la miseria e ilusionados por el halo de liberación que parecía ofrecer Rusia, ponían sus esperanzas en los comunistas. No podían escasear los idealistas que soñaran con un paraíso rojo, de igualdad para todos y sin injusticias sociales. Pero es claro que la realidad del camino comunista habría muy pronto de desalentar a muchos. Hoy la influencia de los rojos extremos es poco más de la que era antes de la guerra.

Una segunda actitud era la de aquéllos que fueron ganados por el sentimiento de "après nous, le déluge", y querían aprovechar los goces de la vida en la mayor medida antes de que la guerra los matara a todos. Y así se multiplicaron las fiestas y orgías con una degeneración jamás vista.

Además de estos dos grupos de impulsivos, hubo un tercero, el de aquéllos que tratando de tomar conciencia de las nuevas realidades, pedían remedio a la filosofía. Y entre éstos, los que conservaban una raíz religiosa ahondaron en ella y renacieron a la fe. Pero otros, que no podían comprender el lenguaje del cristianismo, en el que veían una trinchera de las injusticias sociales y de las fuerzas reaccionarias, pidieron respuesta a las nuevas filosofías. Sartre fué el profeta de los "librepensadores éticos". El austero francés predicaba la responsabilidad sin ilusión y la culpabilidad sin perdón.

Algo común había en estas tres actitudes y en estos tres grupos. Los tres buscaban algo nuevo: una nueva vida, una nueva sociedad, un nuevo fervor religioso, una nueva filosofía. Algo nuevo, que después de todo no era tan nuevo. Porque, ¿qué cosas más viejas que la Utopía, el Paraíso de no trabajar, la Religión o la actitud estoica? Mas estas actitudes correspondían a una Europa aislada, encarcelada y cerrada en sí misma.

Pero entonces intervino la política. Y como los Estados Unidos





tenían una enorme influencia y estaban en condiciones de enviarnos todo cuanto necesitáramos, Europa, dueña de tantas y tan grandes colonias, se convirtió en una colonia americana. Y en medio de una gran desorganización social, agravada por los comunistas y por los fascistas —parecía el reino del odio y del pavor— teníamos una sola preocupación: comenzar presto el trabajo de reconstrucción.

Y he aquí la maravilla: trabajando nos hemos encontrado a nosotros mismos. El hecho de que los *yankees* importaran a tantos exponentes de la intelectualidad europea, nos llena de orgullo: es decir que sin poseer las posibilidades materiales de ellos, conservamos todavía la superioridad espiritual que constituyó siempre la fuerza del viejo mundo. Esa espiritualidad determinaba nuestro individualismo; pero con la ventaja de que el antiguo liberalismo, el de la idea liberal de "chacun pour soi-même et Dieu pour tous", ha sido reemplazado por el sentimiento de responsabilidad. Si queremos continuar siendo el centro espiritual del mundo, nuestra civilización no ha de ser el secreto de una clase privilegiada, sino del pueblo entero. Las universidades han de verse pobladas por todas las clases sociales y la ciencia debe crecer tanto en anchura como en profundidad.

Reconquistado el respeto de sí mismo, el europeo puede mirar con más franqueza al occidente y al oriente. La influencia de Rusia en las cosas nacionales va disminuyendo. ¿Y en otras? No debemos olvidar que Europa ha violado a Rusia varias veces: Federico de Prusia, Carlos XII de Suecia, Napoleón, Guillermo II y Churchill en 1918... Rusia se ha erigido en campeón de las razas de color. Cierto que Europa es tierra de colonizadores, pero los rusos son nuestros discípulos, en lo bueno como en lo malo, y nos han comprendido. Si sabemos ser independientes y firmes, podremos hablar de igual a igual tanto con los rusos como con los americanos. Porque la diferencia con la situación antigua está en que nuestra población es igual numéricamente que la de uno y otro bando.

Hay en esta parte del mundo un problema central, con todas las significaciones que este vocablo encierra: es el problema alemán. Problema de la traición, de la traición a todas las tradiciones europeas y humanas; y esa traición era propia no sólo del gobierno alemán sino de los alemanes individualmente tomados. Su brutal bestialidad en todos los países que ocupaban ha dejado huella de odio, desprecio y repugnancia. Aquí no se trata primeramente de política —a los italianos se les acepta ya en general como siempre— sino más bien de sentimiento: el problema alemán. Es el problema de la existencia de un pueblo, grande en número como en capacidades pero que ha demostrado que posee la potencia de convertirse en un peligro para sus vecinos. Por esto, los demás pueblos de Europa occidental, aunque necesitamos el apoyo de Alemania y nos es conveniente comerciar con ella, no dejamos de temer un renacimiento de su espíritu militar y de sus sueños de hegemonía mundial.

De modo general puede decirse que el hombre europeo de 1951 se esfuerza por construir un mundo nuevo que valga la pena. Sin hacernos los ciegos para los peligros de afuera y de adentro, muchos creen en el futuro de su continente y quieren dedicarse a él; otros, emigrando a territorios menos poblados, llevan consigo sus tradiciones y así podrán hacernos comprender por otros. Creemos que hay que tener fuerza para trabajar, esperanza para continuar y sobre todo fe en el ser humano que da recién sus primeros pasos sobre el camino de su existencia. La ciencia nos dará los instrumentos para hacer que el futuro sea mejor. El sentimiento de responsabilidad hacia los otros sólo puede hacer que evitemos el peligro de que esos instrumentos sean nuestra perdición.

A. J. BOERMAN

POLITICA DE APACIGUAMIENTO

Hay dos modos fundamentalmente diversos de estar contra la Rusia comunista. El uno, liberal, que está contra Rusia, no porque sea comunista y busque, en consecuencia, la perdición de Rusia y de la humanidad, si no porque no se aviene a determinados intereses; el otro, realista, porque sabe que el comunismo es por su propia naturaleza enemigo de la paz de los pueblos. El primer modo es propio de los grupos directores de la política occidental en estos momentos. Por esto buscan entenderse con el comunismo chino y aún con el ruso, bajo determinadas condiciones. El segundo modo es propio de España y, al parecer, de Mac Arthur. España conoce la perversión intrínseca del comunismo por su apreciación católica de los valores. Mac Arthur, le conoce por su gran sentido realista y sus experiencias en Asia. Lo que a continuación reproducimos, y que alude a la política de apaciguamiento, es la parte final del discurso de Artajo en las Cortes de España el 14.12.50. (N. de la D.).

Quedan muy pocas palabras que decir. Apenas las necesarias para recordar la dramática hora que vivimos; si bien no sea este el momento adecuado para enjuiciarla.

España, señores, estaba destinada a ser la prenda de ese ilusionado e ilusorio apaciguamiento entre occidentales y soviéticos. Por eso, a medida que se avivaban las esperanzas de inteligencia entre ellos, arreciaba el mal trato contra nosotros, y si ahora, al fin, se nos brinda, ya que no una amistad, cuando menos la concordia, hay que temer que sea porque los occidentales han perdido del todo sus ilusiones de aplacar a Rusia.

Lo que no saben acaso los de Occidente es que Rusia no se hubiera conformado con menos de la bolchevización de España. Los españoles no podemos dudarlo. Lo hemos visto con nuestros propios ojos, aun no hace tres lustros. Como ha dicho con feliz expresión el propio Caudillo: "Rusia jugó fuerte en la lucha de España y desde los primeros momentos el embajador soviético fué el árbitro de todos los Gobiernos socialistas que aquí se sucedieron. Todas las fuerza de choque del comunismo europeo se movilizaron entonces sobre nuestra Patria, formando quince Brigadas internacionales de extranjeros, que llevaron el peso de la guerra." Por eso, señores, qué cierto es que, "conforme el tiempo transcurre y la situación de Europa se hace más difícil, destaca la trascendencia de nuestra victoria sobre el comunismo".

Hay que considerar lo que hubiera sido, hace diez años, de todo el Occidente europeo si hubiéramos perdido nuestra guerra. Pero hay que pensar también lo que a estas horas sería de Europa si hubiera prosperado, por la consigna del apaciguamiento, la pretensión soviética de tener manos libres en la Península.

"Para aplacar a Rusia, sacrificar a España". Esta era, en 1945, la fórmula de las naciones occidentales. Ahora, en 1950, al cabo de cinco años, se ve claro el error de esta política: Rusia no se ha aplacado. ¡Y menos mal, señores, que España no se ha dejado sacrificar!

Fracasada hoy, en circunstancias trágicas, esa política con relación a España, la gran nación americana parece escarmentada, por lo mismo que sus últimas decepciones se han rubricado con la sangre joven de sus soldados. En la Europa socialista, sin embargo, se seguirá oyendo por mucho tiempo clamores engañosos de pacificación. La política de aplacamiento de Rusia continúa, si bien esta vez sólo con votos europeos y escogiendo ahora sus víctimas en Oriente.

Hoy, señores, la paz del mundo está de nuevo reciamente amenazada y nadie ignora ya por quien. "Todos saben quién amenaza al mundo —dijo, ya hace cuatro años, el Jefe del Estado español, en esta sala—, quién conspira y quién maquina contra la seguridad de las otras naciones. Y, sin embargo, nadie se atreve a pronunciar su nombre". Mucho menos se atreve nadie a hacerle cara, y él, entre tanto, al predicar la pacificación, hace la guerra "por persona interpuesta", que es la nueva figura que el Derecho Internacional ha descubierto.

....

Por eso, señores, esa España que está tan agraviada como habéis visto con el repaso de los acontecimientos; que se ha pretendido que pagara —¡oh sarcasmo!— su neutralidad mucho más cara que los vencidos su derrota; que, en premio de su heroica Cruzada contra la barbarie comunista, ha sido aislada del mundo; que ha sufrido en la carne de su pueblo el hambre y la estrechez por un bloqueo que no merecía; y que ha soportado todos estos atropellos precisamente de parte del mundo occidental, cuya causa sirve, y a instigación de ese poder soviético que constituye la única verdadera, y terrible, amenaza para la paz, esa España, señores, que ama la paz cristiana y que sirve a la civilización de Occidente, en este solemne momento histórico, otorga su amnistía a las naciones que le ofrecen concordia y está dispuesta a olvidar sus agravios, en aras y en obsequio de la causa común tan gravemente comprometida.

Está obligada a ello por la norma que su clarividente Caudillo aconsejó un día a esas mismas naciones aliadas del Occidente y que ellas desoyeron, embriagadas como estaban entonces con la inminente victoria: "Porque no podemos creer en la buena fe de la Rusia comunista y conocemos el poder insidioso del bolchevismo, tenemos que considerar... más necesaria que nunca la inteligencia y comprensión entre los países de Occidente...". Si esto pudo escribirse con fundamento hace seis años, mucho más ahora, en que la marcha del mundo en tan poco tiempo ha dado toda la razón a la actitud de nuestra Patria. Porque el mal de Europa no está en su impotencia, sino en su desunión.

PRESENCIA

Aparece el 2º y 4º viernes de cada mes.

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Venezuela 649 — T. E. 30 - Catedral - 2845

Se imprime en casa de Don Domingo E. Taladriz, San Juan 3875, Bs. Aires.

Precio del ejemplar	$	1.50
Número atrasado	„	2.—
Colección del año 1949	„	30.—
Colección encuadernada del año 1949	„	50.—
Suscripción anual	„	30.—

UN LIBRO DE GAMOW

El libro, *Nacimiento y muerte del sol* [1], del Profesor Gamow, vuelve a cobrar singular actualidad frente a la información oficial acerca de los descubrimientos realizados en la isla Huemul. En efecto existe una notable coincidencia entre la exposición del Profesor Donald Richter aparecida en "Mundo Atómico", Nº 4, y el planteo general del libro del profesor Gamow.

Por creer que la lectura de este libro puede venir a iluminar en forma particular la citada exposición, es que luego de recomendar su lectura, pasamos a señalar aquellos aspectos del mismo que vienen a esclarecer la magnitud del descubrimiento científico anunciado por el profesor Richter.

El libro aludido dedica su primera parte a informarnos acerca de la estructura del átomo, desde Demócrito hasta la enunciación del principio de indeterminación formulado por el físico alemán Werner Heisenberg, luego de haber expuesto en forma ordenada los principales hechos científicos que apuntalan la teoría física acerca de la constitución de la materia. Examina enseguido los diversos caminos experimentales empleados para estudiar la desintegración atómica, por bombardeos de protones o de neutrones.

Calcula luego la posibilidad del aprovechamiento económico de esta forma de desintegración y concluye que, dada la escasa posibilidad de un proyectil atómico de dar en el blanco, es bajo el rendimiento de la misma. Sin embargo las experiencias de Hanh y Meitner demostraron que el bombardeo mediante neutrones de átomos de uranio y torio daba origen a una reacción nuclear multiplicativa, esto es, que al ser partido el átomo de los citados elementos, se producían nuevos neutrones que continuaban la reacción primeramente provocada. Pero la reacción así enunciada es frenada en el caso del uranio por la circunstancia de que este elemento tal como se lo encuentra en la naturaleza está compuesto de dos isótopos, el uranio 235 y el uranio 238. La concentración de esta mezcla en uranio 235, que es el que realmente provoca la reacción en cadena, da lugar a costosas y complicadas instalaciones que disminuyen en forma apreciable la posible aplicación económica de esta substancia. Llegamos de esta forma a la parte medular del libro en la que el autor expondrá la vinculación de la energía intratómica con el calor solar. Para explicar el formidable gasto de energía que realiza el sol utiliza las afirmaciones de Atkinson y Houtermans quienes sostienen que en el interior del sol la energía cinética del movimiento térmico se vuelve tan fuerte que las violentas colisiones mutuas entre las partículas son tan destructivas para los núcleos, como los impactos de los proyectiles atómicos, en las experiencias comunes de bombardeo.

Trata luego de las temperaturas necesarias para las reacciones termonucleares; bajo este subtítulo expone Gamow la combinación de su fórmula sobre la capacidad de penetración con la ley de distribución de Maxwell, hecha por Atkinsons y Houtermans, la que permitió establecer una expresión para la dependencia entre la proporción de desintegración a la temperatura de la mezcla y los números atómicos de los elementos participantes. Aplicada esta fórmula en algunos casos concretos nos da los siguientes resultados: En el caso de una mezcla de hidrógeno y litio, si un gramo de la misma se transformara en helio, liberaría $2{,}2 \times 10^{18}$ ergios de energía intratómica. Pero hasta una temperatura de varios miles de grados (la más alta que se alcanza en nuestros laboratorios) la reacción termonuclear tardaría millardas de años para producir la transformación completa. Con ritmo tan lento, la liberación de energía de una tonelada de mezcla, no bastaría ni para levantar una mosca muerta del suelo. A la temperatura del centro del sol (20.000.000 de grados) el hidrógeno y el litio se transformarían en helio en pocos segundos dando lugar a una violenta explosión. Y aquí expone el autor la posibilidad de la construcción de un motor intratómico, en estos términos:

"Bueno, naturalmente que no será difícil adquirir una vieja máquina de vapor para un experimento de esta clase. Tampoco será muy complicado obtener el combustible nuclear necesario, ya que se puede comprar hidróxido de litio, compuesto sólido de hidrógeno, oxígeno y litio en cualquier droguería. Pero, ¿y la temperatura de varios millones de grados? Ningún proceso químico, tal como la combustión del carbón, es capaz de dar temperaturas tan altas y si tratamos de calentar nuestro horno por el método eléctrico, los cables —hasta aquellos que estén hechos del material más refractario— se habrán fundido (y hasta evaporado) antes de llegar a unos miles de grados.

El mismo destino tocará a las paredes del horno, y no existirá ningún medio para contener los gases en reacción dentro de un volumen dado. Al fundirse las paredes se producirá la inmediata expansión de los gases calientes y la temperatura descenderá inevitablemente. Como todos estos inevitables sucesos habrán ocurrido antes que la temperatura pueda subir al nivel necesario, es muy difícil ver la manera como las reacciones termonucleares se pueden producir en las condiciones de laboratorio".

Hechas estas consideraciones, observa que estas dificultades se ven desechadas en el caso del sol —que de acuerdo a la hipótesis de Edington—, es un gigantesco horno cósmico rodeado realmente por paredes gaseosas y en cuyo interior ocurren reacciones del tipo enunciado cuya energía es la base de sustentación del sol.

EUSEBIO PLANCK

[1] *Nacimiento y muerte del sol*, por el Profesor George Gamow, traducido de la la primera edición americana de 1941 por el Dr. Ernesto Sabato. Editorial Espasa-Calpe, Buenos Aires 1949.

CARTA DE JERUSALEN

Uno de los peregrinos del Año Santo que tuvo la dicha de visitar Tierra Santa en compañía de su esposa, relata a sus hijos de Buenos Aires las emociones de aquel lugar. Su relato, no tiene otra pretensión que revivir el fuego sagrado de los grandes misterios de nuestra Redención. (N. de la R.).

Jerusalén, 7.1.51.

¡Deo gratias! Hemos podido cumplir nuestro propósito de llegar a Tierra Santa y todos los obstáculos vencidos para lograrlo son bendiciones que lo enaltecen.

A las 3 a.m. nos reunimos los peregrinos en la Delegación de Tierra Santa y de allí nos llevaron al aeródromo, partiendo en definitiva a las 5 a.m. en un Dakota bastante incómodo. Una señora boliviana, un chileno y nosotros los únicos seglares, varios sacerdotes americanos, canadienses, colombianos, un brasileño, un argentino (cura de Río Hondo) y algunos frailes mejicanos. El día de sol radiante, parecía señalar el fin del mal tiempo que nos había acompañado desde que llegamos a Madrid. Pasamos sobre Corfú y llegamos a Atenas con una vista magnífica del golfo, de El Pireo y la ciudad. La atmósfera clara y pocas nubes nos permitieron disfrutar muy bien del panorama helénico. En Atenas nos desayunamos y allí me empezó a ahogar el resfrío que soporté durante las 6 horas siguientes de vuelo, con la esperanza de que estallara mi cabeza como único consuelo. No oía nada, me zumbaban los oídos, no podía casi respirar y Rachel creía que estaba enojado porque no hablaba. Como a las 3 p.m. se divisó la tierra de Palestina y poco después aterrizamos en Jerusalén.

Desde ese momento hasta ahora (son las 12 del domingo 7) todo ha pasado como en un sueño y no lograré por más esfuerzos que haga, darles una impresión de las fortísimas emociones que hemos experimentado. El panorama visto al descender es de una aridez impresionante y de un colorido amarillo ocre muy llamativo y que el sol fuerte reflejaba en mil tonos. Emprendimos viaje en una flota de dos Chrysler, un Dodge y un Plymouth que parecía preparada por Févre y Basset y por una magnífica carretera de más de 20 Km. anduvimos entre montañas, pasando por algunos pueblitos miserables, cruzándonos con árabes de toda laya en burros, a pie, en ómnibus, en camello, de vez en cuando algunos olivos, unas cuantas ovejas que deben comer piedras y viento fuerte. Ya no podía casi hablar cuando entramos en Belén y luego de dejar las valijas en el convento franciscano, entramos a la iglesia de Santa Catalina construída al lado de la gruta del nacimiento, ya llena de gente y donde comenzó la ceremonia vespertina de Epifanía. Gran procesión con infinidad de sacerdotes que se dirigió desde la iglesia, cruzando el claustro del convento a la puerta que la comunica con la gruta y de allí se cruza al sector de la basílica constantina por la que los católicos tienen acceso.

Esta basílica construída por Santa Elena, se encuentra en poder de los ortodoxos cismáticos, quienes tienen casi todos los lugares más importantes conquistados por la influencia rusa en Oriente en siglos pasados. Tiene un magnífico retablo y se encuentra edificada justamente encima de la gruta o cueva del nacimiento. Desde la puerta de acceso para los católicos hasta la entrada por la que se desciende a la gruta, se extiende una alfombra que señala el único lugar permitido para nuestras ceremonias. Desde allí veíamos a un lado los popes preparando las ceremonias de esa noche que es la de Navidad para los rusos y griegos y del otro a unos coptos, canturreando sus rezos en el rincón que les pertenece. Policía por todos lados, gente que charla, algunos sentados en el suelo, otros haciendo tertulia como en un café y fumando. En medio de todo eso avanza nuestra procesión cantando con gran unción y poco después nos postramos en la gruta, aunque todavía a alguna distancia de los altares, debido a la cantidad de clero oficiante. El sacerdote que encabeza, toma una imagen del Niño Jesús, que había sido llevada antes en igual procesión y vuelve todo el mundo a la iglesia donde imparte la bendición con la imagen. Todo hecho con gran pompa y devoción nos hace saborear la primera de las muchas escenas y lugares que veremos. Nos alojaron en el convento y yo caí en la cama deshecho. Rachel desesperada quería volverse... Vino un franciscano a preguntar porqué no bajábamos a comer y a fuerza de ruegos logramos que ella fuera y me dejara solo, especialmente cuando le hizo ver que yo no tenía fiebre. La celda pobrísima y la cama bastante mala, con una colcha que parecía de cartón, pero dormí profundamente, y creo más de 10 horas amaneciendo ya bastante aliviado pero con la novedad de que Jerusalén y sus alrededores estaban de fiesta porque... ¡llovía! luego de muy prolongada sequía. ¡Y cómo llovió todo el día! En fin, me puse todo el abrigo posible y a andar, luego de un desayuno más frío que la celda.

Visitamos con más tranquilidad la gruta, besando el lugar donde la Sma. Virgen dió a luz al Salvador (y aquél en que fué depositado para la adoración de los pastores, el primero en poder de los cismáticos y el otro, enfrente a pocos pasos, de los católicos). Durante esa noche se habían celebrado simultáneamente en la basílica las misas de los griegos, armenios y sirios, celebrando la Navidad. Sentí no poder asistir, pero nos cuentan que fueron impresionantes. La de los griegos con pompa magnífica y ornamentos preciosos, pero es de imaginarse el espectáculo de varias ceremonias simultáneas diferentes, cantando cada uno en su idioma y a quién más fuerte, a veces amenazándose, con la policía siempre alerta impidiendo se acerquen unos a otros y todo esto encima del sitio



sagrado que vió nacer al Padre común. ¡Qué tortura ha de ser! Menos mal que celebran su Navidad en fecha distinta que nosotros. Se imaginarán como recordamos a la familia en ese santo lugar. A uno por uno los vimos desfilar frente a nosotros y le pedimos al Niño les mantenga siempre unidos en El, que jamás entre ellos se produzca el espectáculo de desunión que los pobres cismáticos le habían ofrecido. Cada uno de estos creerá quizás de buena fe que tiene razón, como Vds. cuando se pelean, pero qué triste es el homenaje que le rinden, ellos y Vds. ¡Qué dignidad y belleza serena, tenía la procesión católica que se llegó hasta El, indiferente ante las torpezas de los demás pero con el pensamiento único de humillarse ante su Soberano, sin discutir ni pelear, sintiéndose pequeños ante Su Grandeza y al mismo tiempo enaltecidos por Su bondad infinita. Aquí como en Roma, tengo siempre presente a Mamá. ¡Cómo habría gozado y es gracias a ella que puedo sentir con tanta intensidad estas emociones! Bueno, nos arrancaron de aquí, para ir a Jerusalén.

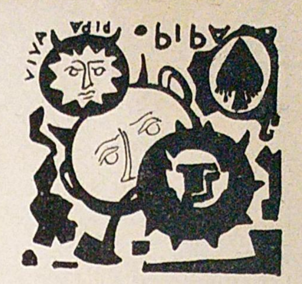
Ayer nos habíamos limitado al aeródromo en las afueras. Nos quedamos un rato contemplando a Belén y comprendemos los nacimientos. Esos panoramas de casitas colgadas en las montañas, ovejitas y de gente con vestimentas raras. Sólo faltaba la nieve. En el camino visitamos un lugar que lo llaman la gruta de la leche, pues según una tradición al dar la Virgen de mamar al Niño en ese lugar, se le derramaron algunas gotas y por eso la tierra allí tiene un color blanco. Nos dieron unos trocitos de piedra de la roca, a la que atribuyen la virtud de ayudar a las mamás que crían. Que se vayan anotando las candidatas. Luego visitamos en el Huerto de los Olivos a Getsemaní, todo afortunadamente en manos de los católicos donde han levantado una magnífica iglesia y conservan el lugar muy bien. Está edificada sobre las mismas rocas en que Jesús oró la noche de la agonía en el Jardín de Getsemaní y de allí se ve el lugar en que los Apóstoles se durmieron. Con qué unción besamos la roca y rogamos por Vds. aunque nos costaba seguir los rezos en voz alta. Pedimos para todos la absoluta conformidad con la voluntad divina y que jamás nos tome el sueño ni nos venza la pereza cuando debamos cumplir con nuestro deber. Contemplamos los ocho olivos que se mantienen en pie desde hace 2.000 años mudos testigos de aquellas escenas y obligados, seguimos viaje visitando antes de llegar a Jerusalén, el Valle de Josafat y en el punto más alto del Monte de los Olivos, el templo de la Ascención edificado sobre las rocas desde las cuales ascendió el Señor a los cielos. Luego entramos a la tumba de la Sma. Virgen de la que hace dos siglos fueron expulsados los franciscanos y está en manos de los griegos y adonde hasta los musulmanes van a rezar y finalmente la iglesia del Pater, donde se cree N. S. enseñó a sus discípulos el Padre Nuestro, que rezamos todos en voz alta varias veces. Se lo ve escrito en todos los idiomas en los muros del Santuario que pertenece a las monjas carmelitas. El español es un español antiguo. De aquí nos encaminamos a la puerta de Damasco, por donde haríamos la entrada a Jerusalén. Allí dejamos los autos.

Cuando primero divisamos la ciudad santa, confieso que sentí los impulsos de los cruzados, de arrojarme al suelo y dar gracias a Dios, al ver por fin cumplido el anhelo de llegar hasta ella; pero al entrar bajo la lluvia y andar entre sus callejuelas sucias y torcidas flanqueadas de negocios mal olientes, llenos de gente peor oliente, la devoción disminuyó, aunque la curiosidad y el interés se mantenían. Así caminamos un buen rato hasta llegar al hotel, donde luego de secarnos un poco, nos encaminamos al Santo Sepulcro, visita de cuya crónica no me siento capaz. Se nos hizo una recepción solemne. En la puerta nos aguardaban varios sacerdotes revestidos. Formados nosotros de a dos, penetramos como en un sueño. Un sacerdote nos echó agua bendita y repentinamente entonaron el Te Deum con órgano que nuestro grupo, por ser el 90 % de sacerdotes alternó en su canto y así llegamos a la gran cúpula que cubre el monumento más sagrado de la tierra. Terminado el canto, uno de los padres nos dió la bienvenida en español y explicó en pocas palabras la topografía del lugar. Nos hallábamos dentro de la roca en la cual fué cavado el sepulcro en sí, que se conserva intacto, incluso un trozo de la piedra o lápida rodante que lo tapaba. De a cuatro fuimos penetrando. Rachel y yo nos tomamos fuertemente del brazo y rezamos llorando y terminamos besándonos allí, luego de besar las piedras de la tumba. Desde este momento hasta volver al hotel, hemos estado como en trance. El Calvario, a pocos pasos, el sitio preciso en que fué enclavada la cruz, el lugar del descendimiento, aquel desde el cual contemplaron las santas mujeres, el del primer encuentro luego de la resurrección y por último la grandiosa procesión vía crucis, con gran asistencia de público local que cantaba magníficamente, siguiendo cada estación con verdadero fervor, ¡y cómo no tenerlo allí! y terminando con la bendición con el Santísimo y el canto del Adeste Fideles. Hemos quedado exhaustos y anonadados.

Tendría muchas páginas para escribir, explicando y describiendo lo que hemos visto y sentido en el Santo Sepulcro; pero no puedo; no hay palabras para eso. Sólo nos queda dar gracias a Dios por la dicha inmensa que nos ha deparado y desearle a cada uno igual felicidad. Es de esperar que cuando vengan, muchos de los terribles problemas que aquí existen se hayan solucionado, en particular la custodia y conservación del Santo Sepulcro. La entrada está en manos de los musulmanes y la gran bóveda que lo contiene amenaza derrumbarse. Los ingleses la han apuntalado, pero de esta solución precaria no se ha podido salir por falta de un acuerdo entre todos los interesados, entre los que hay muchos interesados en que no haya un acuerdo.

Good night children and God bless you.

FRANK



DE DONOSO CORTES

El 30 de enero de 1850, Donoso Cortés pronunció en las Cortes de España su famoso "Discurso sobre la situación general de Europa". Allí dijo lo siguiente sobre el peligro de Rusia para Europa:

No se crea por esto, sin embargo, que yo soy de opinión que nada tiene que temer la Europa de la Rusia; creo todo lo contrario; pero creo que para que la Rusia acepte una guerra general, que para que la Rusia se apodere de la Europa, son necesarios antes estos tres acontecimientos que voy a decir, todos los cuales, adviértase esto, señores, son no sólo posibles, sino también probables.

Se necesita: primero, que la revolución, después de haber disuelto la sociedad, disuelva a los ejércitos permanentes; segundo, que el socialismo, despojando a los propietarios, extinga el patriotismo; porque un propietario despojado no es patriota, no puede serlo; cuando la cuestión viene planteada de esa manera suprema y congojosa, no hay patriotismo en el hombre; tercero, el acabamiento de la empresa de la confederación poderosa de todos los pueblos esclavones bajo la influencia y el protectorado de la Rusia. Las naciones esclavonas cuentan, señores, 80 millones de habitantes. Ahora bien: cuando en la Europa no haya ejércitos permanentes, habiendo sido disueltos por la revolución; cuando en la Europa no haya patriotismo, habiéndose extinguido por las revoluciones socialistas; cuando en el oriente de Europa se haya verificado la gran confederación de los pueblos esclavones; cuando en el Occidente no haya más que dos grandes ejércitos, el ejército de los despojados y el ejército de los despojadores, entonces, señores, sonará en el reloj de los tiempos la hora de la Rusia; entonces la Rusia podrá pasearse tranquila, arma al brazo, por nuestra patria; entonces, señores, presenciará el mundo el más grande castigo de que haya memoria en la Historia; ese castigo tremendo será señores, el castigo de la Inglaterra. De nada le servirán sus naves contra el Imperio colosal que con un brazo cogerá la Europa y con el otro cogerá la India; de nada le servirán sus naves: ese Imperio colosal caerá postrado, hecho pedazos, y su lúgubre estertor y su penetrante quejido resonará en los polos.

SUMARIO